



DE CIENFUEGOS
A SAN BAUDELIO

Carmelo Rodríguez Abad

DE CIENFUEGOS
A SAN BAUDELIO



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmelo Rodríguez Abad

© Diseño de portada: Fernando Rodríguez Aguilera

ISBN: 978-84-10253-74-2

ISBN digital: 978-84-10253-75-9

Depósito legal: M-13664-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A un buen amigo: mi lector.

ÍNDICE

1.- Los días de juventud	11
2.- Y la vida entonces cambió	73
3.- 3 de julio de 1898	89
4.- La discriminación	93
5.- La Metrópoli.....	97
6.- Santander y Cantabria.....	115
7.- El viaje.....	117
8.- Laredo	123
9.- Bilbao	133
10.- La Rioja.....	141
11.- El norte.....	149
12.- Logroño	151
13.- Zaragoza	155
14.- Madrid.....	165
15.- Cuenca.....	177
16.- Utiel.....	193
17.- Valencia.....	207

18.- En casa.....	217
19.- La familia de Réster.....	219
20.- Simón Cohen	229
21.- Abel Pérez Diego de León.....	231
22.- La familia de Guaraní Chen.....	235
23.- La realidad de Alejo y Soledad	239
24.- El ocio.....	247
25.- Me temo lo peor.....	251
26.- Alejo y Soledad	253
27.- Sobre el qué y el cómo de los hombres	257
28.- La boda	259
29.- El viaje, el bautizo, el atentado.....	285
30.- La guerra.....	329
31.- La epidemia	371
32.- Málaga	377
33.- El descrédito	381
34.- El expolio. San Baudelio	383

1.- Los días de juventud

1.

Abraham los juntaba muchos días en la trastienda del establecimiento con la idea de ofrecer un círculo de saber para principiantes entre los muchachos de la escuela que formaban el entorno de amistades de su hijo Simón. Era con ideas educativas, decía, como buen rabino, para afianzar, no tanto los conocimientos bíblicos como los habidos sobre conceptos tan valiosos como saber: lo que era vivir, en dónde se vivía y en cómo se estaba. Eran «repasos», decía él, por lo que admitía a gentiles: los jóvenes Alejo Réster, Luis Capdevila, Fran Roch, Santi Vela, Inesita La Costa. Admitía, pues, incluso a muchachas. Los judíos, en aquellos días, para eso del aprender, parecía que entendían las cosas de otra manera. Todos ellos eran los hijos de comerciantes y reconocidos profesionales de la ciudad. Con ellos, los gentiles, los niños judíos: Simón Cohen, Elías Nemirosky, Yon Hereira, Samuel Nagrella y María Verso. Todos, como el mismo Abraham Cohen, pertenecientes a la comunidad judía residente en Cienfuegos. Todos ellos, muchachos amigos y asistentes al mismo colegio, todos amigos íntimos, aunque no tanto como Alejo y Simón, que habían sido los que habían conseguido reunir al grupo y cohesionarlo para que el padre de Simón les contara todo aquello a lo que se iban a ir acercando, para lograr tener una mirada más amplia que la que se lograba en la escuela. Los padres de los muchachos habían dado su conformidad

y *a priori* nadie había opuesto objeción alguna a aquellas «clases de repaso». Tenían los 14 años cumplidos, si bien Inesita y María tenían 16. Por lo tanto, algo mayores que el resto, compañeras de escuela de la hermana de Simón, Raquel Cohen, quien no había querido unirse a ellos, condicionada quizás por las necesidades de la madre, Esther Schlesinger, Esther Cohen de casada.

—Nos encontramos en un mundo enorme; en él, todos los días se descubre algo, todos los días aparecen, por obra y gracia del Señor, grandes prodigios que enseguida dejan de ser tales para convertirse en algo conocido y próximo. Aparecen incluso nuevos lugares, antes extraños, como pasó con estas nuestras Antillas antes de la llegada de los españoles. Ahora se recorre África, y lo mismo en los fríos polos. Todos los días los avances científicos nos enseñan los grandes «alumbramientos» de la ciencia, casi de manera tan paradójica y enigmática como aquel relato en el que nos decían nuestros mayores que el gran candelabro del templo: el *menorá*, no quiso arder, por negarse a ser luz de un ídolo que habían, allí, reemplazado los asirios. ¡Que el Señor les haya perdonado! Estos ahora sí nos alumbran, son los grandes avances de la geografía, las matemáticas, la física y aun la sociología y la política. —Así había empezado aquella tarde el buen rabino Abraham. Todo un honor para los muchachos contar con un hombre sabio como aquel, que, a pesar de sus razones teológicas, era un apasionado y gran conocedor de la ciencia—. Hoy veremos aspectos de la ciencia —siguió diciendo.

Mientras, todos escuchaban muy quedos, en una tarde soleada y despejada que comenzaba a declinar, con un azul intenso. Todos esperaban sus comentarios, aunque algunos preferían los temas relacionados con el comercio y con el llevar la tienda o el despacho.

—Veremos cómo en breve nos traerán, nada menos, que la luz eléctrica hasta nuestras casas. El agua sabéis que ya os llega. —Todos los que estaban allí tenían agua corriente en sus casas, pero en Cienfuegos no todos lo podían decir, ni mucho menos—. Ya vimos también llegar el ferrocarril; como bien sabéis —siguió diciendo—, nos ayuda con el algodón, el azúcar, el café, y, cómo no,

con las personas. ¿Quién sabe decirme algo sobre la electricidad?

—A mí me pone el pelo erizado cuando me paso el peine. —Era María Verso, ¡quién si no! Una niña estupenda, de verdad, a pesar de todo, la amiga metomentodo, lo que venía a significar que de todo sabía y hablaba, lo mismo que también se había llegado a erigir en la salvadora de todos, desde la infancia, desde el tiempo en el que se la recordaba. Aunque era una chica, y por entonces los chicos eran desdeñosos con ellas, sin saber muy bien por qué. Se suponía que era lo correcto entre las familias. Lo del desdén ella nunca lo tenía en cuenta, aunque algunos de nosotros en su lugar, distintos de ella, hubiéramos sufrido mucho. No siempre podía evitarse, por lo que hicieran los demás, pero algunos otros, los más, hacían por evitarlo, y cuando volvían a casa, al atardecer, las conversaciones adquirirían gran altura. Era chica, sí, ¡pero era listísima! y no se podía evitar el admirarla. Abraham Cohen, el rabino, también lo sabía.

—Eso es —dijo el rabino—, ahí empieza algo de lo que quiero hablaros hoy. Lo mismo que el agua se mueve por los arroyos, por los canales y las tuberías, la electricidad es un fluido producido por las fuerzas de la naturaleza, por ejemplo, en las tormentas, de las que los hombres aún están aprendiendo cómo canalizar esa magnífica expresión de fuerza por medios muy imaginativos. Ahora lo que hacen es crear con máquinas (con saltos de agua, fortalezas de energía, por medio de grandes, gigantescos imanes) las tensiones necesarias para lanzar ese fluido a través de cables, para dotar a las casas de luz eléctrica. La luz, a diferencia del agua, que fluye por los cables no se puede almacenar.

—Entonces, ¿esos imanes son lo mismo que cuando frotamos la ropa y el cálamo y luego atrae pequeños papelitos? —preguntó Fran Roch, el listo de los presentes. Preguntó sobre algo que los demás ni conocíamos.

—Eso es, Fran, eso es.

—¿Quién me sabe decir cuándo se puso el primer ferrocarril en Cuba? —preguntó Abraham de manera indefinida, dejando caer la pregunta entre todos.

—En 1837 —dijo Elías Nemirosky, con el aplomo que le daba su seguridad en el conocimiento de la fecha por motivos familiares. Los Nemirosky, de la mano de los Rothschild de Nueva York, habían sido promotores en la construcción de aquellos primeros ferrocarriles.

—El ferrocarril es una máquina poderosa que se mueve necesariamente sobre vías de hierro paralelas, de ahí su nombre, y lo hace con la ayuda del vapor. La fuerza del vapor ya se conocía desde la Antigüedad, pero la esclavitud, como la hasta hace poco existente en la isla, impidió que ese vapor se usara con fines industriales. Era más fácil y barato tener esclavos que ferrocarriles, desgraciadamente. Lo mismo que la esclavitud impidió la mano de obra contratada, debilitando su valor y su reconocimiento. Había sido el vapor, sobre todo, como la fuerza hidráulica, un juguete de reyes y señores, que finalmente vio con imaginación su eficacia de la mano de un gran inventor inglés: Estephenon, que en 1829 ganó un concurso con una máquina denominada «el Cohete»; ganó la competición por ser la única que terminó la prueba de las tres que se presentaron, las otras se rompieron antes de llegar. Curioso, ¿verdad?

—Y en 1837, ¿ya se podía poner una locomotora aquí? —preguntó Luis Capdevila.

—Una pregunta muy inteligente, Luis —repuso el rabino Abraham—. Y sí, sí que se podían construir ya trenes y locomotoras. Los raíles fueron de acometida rápida; en una tierra tan llana como la nuestra, apenas hubo que perforar montes y allanar laderas para dar paso a un trazado suave por el que fueran las vías. Se hizo al lado de la carretera y fue ganando terreno en aquellos puntos en los que no hubo que limpiar o perforar el monte para darle paso. Las locomotoras venían en barco desde Birmingham. El resto fueron hombres y capataces de obra contratados por los empresarios. El primer trayecto se hizo entre La Habana y Bejucal, 17 millas, eran medidas inglesas, 27,3 kilómetros.

—¿Alguna pregunta más? —siguió Abraham Cohen—. En tal caso, seguiremos explicando algunos otros recursos que es bueno

conocer: el automóvil, el molino hidráulico, este es muy antiguo ya, pero es menester. Hablaremos del telégrafo, del correo moderno, de las lentes y, por ende, de la fotografía.

Abraham continuó con su clase magistral mientras los muchachos escuchaban boquiabiertos. Fue una tarde memorable. Al terminar, todos salieron en dirección a sus respectivas casas, salvo Simón y Alejo, que quisieron acercarse a la orilla del mar, dando un paseo, para comentar aquellos momentos mágicos de las lecciones de Abraham. Alejo sabía que en casa le esperaban, pero le daba igual. «No tardaría mucho más», pensó. Finalmente, al llegar a casa, le recibió una bofetada de su madre. En plena cara.

—Te hemos estado esperando y lo que es peor, necesitando. Sabes que tus hermanos están en clase y te necesitábamos. ¿Dónde estabas tú?

—Con Simón y los chicos, en clase del rabino Abraham, ya lo sabe, madre, todos los jueves. Hoy quizás me he retrasado un poco —contestó Alejo mientras, con la mejilla roja, se acariciaba la misma ante el picor de la bofetada. Había sido sonora—. No volverá a ocurrir, madre —dijo finalmente Alejo, no sin aliviar su enrojecida cara con su mano.

—Estás castigado a la cama sin cenar —dijo la madre, como última palabra, mientras de reojo su padre miraba desde la cocina, secando unos cubiertos con el mandil puesto. En casa de Alejo era Nora Pérez de Réster quien disponía del *común*.

2.

Pasarían no pocos días y, entre todos, la situación fue dándose por colmada. Alejo no volvió a recibir la airada posición de su madre, encontrando, por un lado, una mejor manera de asistir en el negocio de la familia y, del otro, el modo de acudir a las *clases* del rabino Abraham, lo mismo que el poder estar con sus amigos, especialmente con Simón, Fran y Elías *el Nemi*. Los Nemirosky de Cienfuegos habían cogido cierta fama desde que se supo, especialmente entre los suyos, que una rama de la familia se había asentado entre París y Berlín y regentaba un gran banco que apoyaba fuertes operaciones en la isla y en el país vecino de México, así como en EE. UU., financiando nada menos que las empresas eléctricas en Cuba y aunque él no tenía nada que ver con esos banqueros, la noticia había salido en los periódicos y la comunidad judía de Cienfuegos había hecho gracias con aquella coincidencia, pues incluso algún congéneres los había confundido y supuesto que eran ellos quienes se relacionaban con EE. UU. Pensaban que eran ellos quienes habían puesto el dinero para participar en esas industrias. Los Nemirosky de Cienfuegos eran negociantes acreditados, con varias tiendas por toda la isla, pero no pertenecían a la aristocracia bancaria internacional, ni mucho menos.

Todo era más normal de lo que pudiera permitir una descripción aparente de la situación: el cole, los amigos, los caminos, la playa, los rincones perdidos en los que jugar, incluso la tienda y la familia parecían estar más sosegados aquellos días. La tan nombrada Paz de Zanjón había supuesto un menor riesgo para el alistamiento en filas de los hermanos de Alejo, quienes ya habían sido tallados para el ejército, en el ayuntamiento; eran normas de la Metrópoli y allí se aplicaban. Otras normas habían surgido para que las gentes, de uno y otro bando, tuvieran tierras y asiento para seguir en paz

con los suyos. Eran los repartos de baldíos y realengos. Desde luego mal llevados por las autoridades, antes rebeldes, que, inmersas entre las de la Metrópoli, habían ensortijado aquellas regalías en enredos burocráticos y veían su aplicación imposible, que a la larga se estaba convirtiendo en un propósito revanchista. Los hermanos de Alejo, como en la Metrópoli, podían impedir el tener que acudir a filas si pagaban la «talla», una cantidad importante de dinero que libraba al que la abonaba para acudir a filas, al «frente». Alejo era el más pequeño y quedaba lejos del alistamiento, el menor de los otros tres le llevaba siete años. Los tres mayores ya estaban apuntados en el listado de la quinta, ya estaban en quintas. Y se sentían muy patriotas, no pagarían la talla.

Todo, ahora, era tan normal que incluso Nora pudo decirle, otro día, más tarde, a Alejo que le pasaría por alto algún retraso si de verdad era por ir a clase con el rabino. Los Réster entendían la educación como algo esencial en la vida de sus hijos y no podían perder ninguna oportunidad para ninguno, para afianzarla; los mayores habían ido a la escuela, además de a clases con maestros, a repaso. Y lo mismo les pasaba con la escuela judía, allí les enseñaban contabilidad y administración, leyes.

Alejo continuó, cómo no, con sus idas y venidas. Y una tarde en la que la clase había sido corta, por voluntad del rabino Abraham, este llamó a parte a Alejo, despidió al resto de los chicos, incluso a su idolatrado Simón, y quiso dar un paseo hasta la playa con el muchacho. Le había visto una gran capacidad para entender ciertos problemas económicos y financieros y quería reforzarlos de una manera dialéctica, como lo habría definido Hegel, con el «chaval». Abraham despreciaba a Hegel, tuviera o no razón, si es que de eso se trataba, por su tozudez a entender la vida como un simple devenir. Era cierto que todo ocurría día a día y todo pasaba sin dejar más mella que el recuerdo: un día te asalta una enfermedad, otro se pronuncia una guerra o un nuevo cargo público declara alguna verdad inconfesable, todo inmediatamente se convierte en pasado y todo simplemente es historia, en el sentido más simplis-

ta y mísero del término. Pero Abraham creía en el individuo, en las tradiciones consolidadas, en la verdad rebelada por Dios, en el continuo conseguir que la vida fuera mejor para los presentes y los futuros. Si simplemente se esperaba que la vida pasara, quien la dejara pasar no era más que un cínico, un humano sin conciencia, un humano que lo único que buscaba era su medro y mirar por él. Válido, cómo no, si se le dejaba, pero no se debería de permitir.

Al principio Alejo se temió un temible discurso sobre Dios y los israelitas, incluso que quisiera saber si tenía preferencias por alguna chica, o «chico». No era nada de eso. A la primera propuesta, el propio Alejo se dio cuenta de que era gentil y no había nada que hacer. A la segunda, el judaísmo esperaba a los 13 años para tal menester, él tenía 14. ¡Bah! No esperaba que eso fuera algo inquietante para el rabino. Abraham era reformista, aunque no reconstruccionista. Sabía Alejo más de los judíos que de los cristianos, a su madre le habría penado, pero entonces, ¿qué quería rabí Abraham?

—Creo que un nuevo *horizonte* social se acerca —comenzó diciendo muy misterioso el rabino.

—No entiendo de que habláis, señor —repuso Alejo.

—No se trata de que realmente lo entiendas, o al menos totalmente ahora; permíteme que te hable y acaso escuches, procurando no perderte entre mis palabras y esperando las recuerdes para el futuro. Únicamente. Sé la gran memoria que posees y sé que la ejercitas de verdad cuando estás totalmente atento. Se acercan tiempos de guerra y necesitarás cuanto puedas para superarlo.

—Claro, señor, aunque desearía hacer preguntas sobre lo que no entienda, lo que me ayudará a memorizarlo mejor.

—Desde luego —repuso rabí Abraham.

—Mira, hay un grupo de hombres que, afortunadamente, han abandonado el ser esclavos. En 1870, diez antes de nacer tú, se abolió la esclavitud. Esa lacra social a la que mi pueblo, en época talmúdica, estuvo sometido. Era mejor el desierto y aun la seca y tórrida Caná que aquello. Era mejor predicar y peregrinar en el de-

sierto que la esclavitud. Era mejor el hambre y la sed que la esclavitud. Pero aún hoy hay muchos que no lo aceptan y que, aunque las personas que fueron esclavos dejaron de serlo, especialmente los negros, para algunos lo siguen siendo, para ellos los negros siguen siendo esclavos, no aceptan otra condición para los mismos. Especialmente entre los hombres de la Metrópoli de origen catalán, son los que más han insistido en impedir el trato de honor para ellos y son los que miran mal a todos los profesionales que se han establecido como tales en las ciudades y el campo originariamente esclavos. Son los que más han impedido que las normas de baldíos y de realengos no lleguen a cumplirse. Y no los entiendo, salvo que no sea ver en ellos lo que son, unos tristes supremacistas.

—Nosotros no somos así y somos oriundos de allí —repuso.

—No, no todos en la Metrópoli son supremacistas. Y los tuyos no son de allí. Tus ascendentes son levantinos, de Alicante —me contestó—. Ahora todos esos hombres buscan, ya hace que empezaron, trabajo. También lo harán todos aquellos que hasta hace muy poco eran mendigos en los alrededores. Y muchos de ellos incluso tienen grandes cualificaciones, al haber estudiado con sus patrones, para resolver sus necesidades en los negocios. Buscarán trabajo y sustento entre las industrias que se construyan o que se hayan dispuesto. Serán peones y gente cualificada entre los ferrocarriles, en los cultivos del café, azúcar, algodón... , en los ingenios azucareros, en los batanes de algodón, en las hilaturas. Los grandes industriales, entre los cuales también se encuentran las de los judíos, a los que sirvo y a los que gustosamente serviré, harán porque toda esa mano de obra pueda ser utilizada de buena manera y recoja su producto. Para ello pagarán salarios, seguro. Yo lo haré, como ya lo hacíamos, aunque serán precios mayores, pues no hay esclavos y no hay competencia sobre el factor trabajo. Y a pesar de todo haremos que sea profundamente rentable, la industria y la empresa. Al final es un ajuste sobre el precio final del producto. Si no es perecedero, tarde o temprano lo compran al nuevo precio. Y a pesar de todo, el precio de la mano de obra seguirá siendo míni-

mo. El mercado al principio no absorberá tanta mano de obra, no contratará o lo hará solo por lo mínimo.

—Entonces, si ya sabemos que se les va a exigir un trabajo que no se les va a pagar, ¿no hay una manera de solucionarlo?

—*A priori*, no. Cuando se crea una industria, la que sea, se espera tener ventas. De nada sirve fabricar, por difícil que esto sea, si luego no se tiene comercio de ello. Podríamos tener un montón de quintales de, por ejemplo, azúcar, que, si no los pusiéramos en un barco y lo enviáramos rápido para su venta, no serviría de nada. Pero hasta que no se consigue ese mercado, todo ese dinero, pues todo depende del dinero y los recursos que ponga el inversor, al principio no se tiene nada. Medrando sobre una industria se consigue que al poco surja el éxito, especialmente de ventas, y con el producto en marcha se estabilizan el precio y los recursos. Ahí, en ese *impasse*, es cuando se produce el punto de equilibrio del negocio. Y en tal equilibrio se determina que el beneficio se divida en cuatro partes, de manera ineludible. Nadie quiere hacer esto, pero es fundamental para que el sistema marche. Se dividirá en cuatro, después de haber detraído el gasto: una parte serán los impuestos, otra lo será para las inversiones y para reponer el equilibrio de capital, otra retribuirá al capital humano: las primas de salarios; y por último el beneficio del inversor, los dividendos. Ahora bien, como el salario es también parte del gasto, nadie se plantea volver a usar el remanente del beneficio para retribuir la buena marcha del trabajo. Es ahí cuando Marx, judío para más señas, cómo no, es por lo que dijo que el empresario se queda con la plusvalía que produce su trabajo. Tendrá que ser así... —dijo con desgana rabí Abraham, para acto seguido seguir con su discurso—. Sin plusvalía no hay evolución en la empresa, no hay negocio y no hay voluntad de superarse. Erradicar la plusvalía es una majadería, sería como decir que la rueda, el fuego, el ferrocarril solo sirven para beneficio del rico. La plusvalía es una forma de entender la estrategia industrial, fue un desarrollo y un descubrimiento judío, en el pasado, en el evolucionar de la vida comercial. Un descubrimiento para el mun-

do tan importante como la contabilidad, o el cálculo de inversiones, tan importante como... como el hallazgo del fuego... Como decía, en la redistribución del excedente con el capital humano de la empresa, se llega al punto más difícil de la teoría de la empresa, pues si en el contrato con los trabajadores hemos llegado a asumir un marco de retribuciones y mientras las partes respeten esas retribuciones y ese trabajo, no debería haber más revisiones del mismo. Pero si los trabajadores no participan en el beneficio, ¿qué interés les despierta la industria? Por infinito que se prevea, todo contrato finaliza, todos. En la Edad Media, los señores firmaban las enfiteusis, no te asustes por la palabra, hijo —añadió viendo la cara de Alejo muy despistada—, eran alquileres de tierras, *a perpetuidad*, por un canon, y a cambio de ese dinero a perpetuidad y el compromiso de que esa tierra siempre sería suya, los señores dejaron de exigir las prestaciones personales, dejó de existir la servidumbre de la gleba a cambio de dinero. La gleba es un montón de tierra que se levanta con el arado, lo habrás estudiado en la escuela, ¿no?

—Sí, rabino, y también nos dijo el maestro que la servidumbre empezó a desaparecer cuando las ciudades fueron ocupadas por los trabajadores de oficios, los burgueses, y poco a poco desaparecieron los agricultores rurales, que realizaban las labores del campo a cuenta de días y servicios al señor, que cambiaron tal menester por cuotas de dinero —le contestó Alejo, muy atento a todo y muy informado, para su corta edad. El rabino sabía que el listo de la clase era Fran, no se ponía en duda, pero el que más memoria tenía era Alejo. Aunque algo distraído, el que más argucias tenía era su propio hijo Simón, capaz de inventarse el resultado de una pregunta sobre la marcha cuando no había estudiado la lección y convencer al maestro, un hueso duro de roer, maese Rafael de Arieta.

—Eran contratos para toda la vida, pensaban los señores, pues terminaron rápido, se creía que esa solución sería infinita y los grandes señores aún duraron así muchos, muchos años, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, aún quedan servidumbres para el señor que arrienda, cambian la ocupación de las granjas por el

mantenimiento y cuidado de sus tierras, así como de los animales del señor. Buenos aquellos contratos, los que se realizaron durante la Edad Media, fueron el primer estallido de crisis, cuando vino la peste negra y subieron los salarios y desapareció la mano de obra. Se produjo el primer apalancamiento. No lo suelen decir, pero en realidad fue el primer caso de apalancamiento.

—¿Apalancamiento? —preguntaba Alejo.

—Eso es de lo que quiero hablarte y eso es lo que quiero que estudies, para que seas un buen exponente, capaz de reconocerlo rápidamente y lo informes en su momento a quien te contrate como contable. Pues quieres ser contable, ¿verdad? —ahora el que preguntaba era el rabino, como si a la corta edad de Alejo eso no pudiera nunca variar, como los contratos, pero el chico lo predicaba en todas partes, le gustaban los números y las sumas...—. Bueno, quiero seguir si me dejas, Alejo, aún tenemos tiempo, creo.

—Sí, señor, tenemos tiempo, y aún no me he perdido con la explicación, creo —respondió Alejo.

—Un contrato debe tener término, debe de acabar, siempre, y más si es un contrato de mano de obra. Los funcionarios creen que su contrato es para toda la vida, como si un ente público no fuera a mutar jamás, un licenciado cree que su título es para siempre y en todo país, no, rotundamente no, y en cuanto eso se considere así de manera radical, por todo el mundo, los territorios que lo acepten dejarán de ser liberales y estarán condenados a perder cualquier batalla; si no tienen materias primas, perderán el futuro, pues habrá un claro apalancamiento de los contratos públicos y a la larga una burbuja social que estallará en la más absoluta bancarrota, pues no habrá producción, salvo que se conviertan de liberales en absolutistas y reconduzcan esos contratos a un destino industrial, conviertan a la gente, por obligación, en operarios y obreros en fábricas y campos. Aunque la gente verá tardar este efecto, tanto como el de la servidumbre en la Edad Media, será un fenómeno de degradación social de *largo tempo*, diría que de decenios y aun de siglos. El embargo y ocupación de la administración será el caldo

de cultivo y el fomento del comunismo, la pérdida de la identidad del individuo y por tal la desaparición de todo ciudadano en el más absoluto anonimato. La tierra, la propiedad sobre el campo se sobrevaloró; en aquellos días, una capa para vestir, un cáliz de iglesia, una casulla, un cíngulo de rabino, una higa para la lectura de la Torá valían más, mucho más, que una finca, que una pieza de tierra, que además solo se podía alquilar, no se podía comprar. Aún hoy el lujo vale más que la tierra. Se iniciaba así una gran crisis económica entre los señores, entre los hombres de armas amparados en sus tierras. Surgió para su socorro, entonces, la naciente burguesía, la que los judíos siempre ocupamos, y que por ello siempre se no hizo ser objeto de las iras de reyes y señores, y por ende ser expulsados una y otra vez. Llegaría así el fin de los privilegios señoriales.

—Bueno, creo que voy entendiendo lo que me queréis contar. Cuando algo se hace infinitamente anhelado por las personas y se difunde de manera continua, y no solo se convierte en moda, sino que se quiere ver como algo raíz en una sociedad, se produce entonces una sobrevaloración, convirtiéndose a la larga en un apalancamiento que conduce a la quiebra del sistema o a la reconversión del mismo, a la larga a su desaparición.

—Efectivamente, así es, Alejo, sabía que lo ibas a entender. Y hay que entender también que, como no en todos los lugares se dan las mismas personas, las mismas opiniones y los mismos entenderes, el apalancamiento se ha producido de diversas maneras y en diversos momentos por los distintos continentes y países. Se produjo en Grecia, con la ampliación de las colonias por el Mediterráneo; en Roma, con la esclavitud; en China, con la dinastía Song y las titulaciones administrativas. Dio pie al nacimiento de grandes territorios, grandes acumulaciones de intereses locales, que produjo en las repúblicas burguesas y las nominales coronas patrimoniales, que de la refundición de unos con otros dio origen a los Estados modernos, vinculados al nacimiento del sentimiento romántico de pertenencia al mismo. En 1812 nació España, a cuyo Estado estamos vinculados, siendo ahora casi una ampliación del

dominio territorial catalán que supervisa y controla los contratos de Estado, de los que el primero que ha perdido es la compraventa de esclavos. Aún perderá más. Nosotros los judíos sabemos lo que es un reino, un reino patrimonial, un Estado y un mundo estatalizado. Lo creímos ver en Caná, lo perdimos y dio origen a la diáspora, y ahora *somos el Estado de Israel*. Es algo que mi reformismo no me permite tolerar, *sin tiempo, sin tierra*, pero creo que es así.

—Sin embargo, necesito matizar más ese concepto de apalancamiento, rabino, me gustaría oír alguna otra ampliación, algún otro ejemplo que lo especifique —dijo Alejo, queriendo seguir oyendo contenido acerca del concepto que en ese día se estaba debatiendo entre ambos, como en un devenir hegeliano, que nunca se iría a producir más y que, sin embargo, llenaría de conocimientos y de saberes a ambos.

—Bulbos de tulipanes. ¿Has oído alguna vez hablar de los bulbos de tulipanes?

—¿Bulbos? ¿Flores? —preguntó Alejo.

—Sí, la primera gran crisis financiera registrada, por exceso de apalancamiento, por supuesto, a causa de la avaricia humana, como en las anteriores que he mencionado. Pero esta crisis fue profundamente especial, por resumirlo, en muy corto tiempo y con materiales muy concretos que nos enseñen el fondo del proceso. Avaricia a la que los judíos tan acostumbrados estamos. No porque seamos más que el resto, sino porque de eso siempre se nos acusa, como si de un signo indeleble de nuestro pueblo se tratara. Aunque realmente la avaricia es el signo que acompañaba generalmente a los grandes magnates para los que hemos servido, que súbitamente vuelcan sobre nosotros su ira y su pecado, como en un lamento inacabado. Como te decía, en Holanda, en el siglo XVII, durante los años 30 de ese siglo, muchos de sus ciudadanos fueron capaces de pedir préstamos a los banqueros nada menos que para comprar flores, muy raras, es verdad, las que adornarían las cenas de los grandes prebostes, que, para influjo y deleite entre amistades y *compañeros* o, cómo no, entre competidores, ofrecían el banquete

más suculento y más excelso en presentación, en lujo, en el contenido del servicio y de la comida. El centro de atención, una vez superadas las rivalidades sobre las bebidas y los alimentos, excelsas en manos de tan grandes comerciantes y negociantes, pasaría a ser el boato de la mesa, el de la sala incluso, en donde se exponían los adornos florales, para los que los grandes señores trabajaban denodadamente para llegar a ser el más distinguido. Al principio solo fueron muestras, luego verdaderos triunfos de expresión artística y, por último, una auténtica exhibición de arrogancia. Entonces los prebostes vieron que sus noches se convertían en tremendamente caras por culpa de una ilusa rivalidad y dejaron de adornar sus mesas con esos bulbos tan fastuosos y costosos; podían seguir haciéndolo, pero algo distinto, más liviano. Dejaron de pagar las sumas que pagaban por esas flores tan excéntricas, que ocasionalmente simplemente eran rarezas de la naturaleza: el aspecto que les daba algún parásito insólito, un moho fortuito surgido en algún jardín. Rarezas no bien entendidas, pero que imprimían en los tulipanes una belleza inusual, una apariencia diferente, un aspecto raro y único que los marcaba como de gran valor, y además con una alta caducidad, duraban muy poco y solo los elegidos a esas cenas podrían disfrutar de ellas. Los invitados a esas cenas eran los que reinaban en la ciudad.

»Y de la noche a la mañana, dejaron de adquirirse esas flores y quienes habían apostado por ellas, porque iban a ser retribuidas con los precios tan altos que anhelaban, dejaron de percibirlo. De repente, ellos tampoco podían devolver el dinero al que se habían comprometido, muchos incluso debían créditos con los que habían comprado las flores por la mañana y que llegada la tarde esperaban vender en subastas entre los proveedores de las grandes casas señoriales, donde iban a ser colocadas a la hora de la cena. Al día siguiente, esa flor estaría marchita, muerta, ya no valdría, pero entre tanto en la subasta los precios se duplicaban y el que adquiría la más rara, la más cara, la más «bonita», demostraba que su casa era la mejor en ese día y fecha. Llegaban a venderse en una noche

los bulbos por más de 1.000 florines, cuando una casa costaba 200, una mesa 20, el pan unos céntimos. De repente se dejaron de comprar. La burbuja pinchó y el estallido social se produjo, la ruina de muchos inversores, banqueros, especuladores llegó en una noche, la ruina arrastró a todos. A la mañana siguiente se produjo también el descalabro de toda una sociedad que vio que se ponía todo cabeza abajo. El que dejó dinero y no se lo devolvieron se arruinó, el que pidió para comprar un bulbo se arruinó, el que tenía el bulbo se arruinó. Miles de personas quedaron en la miseria, los sirvientes de las casas burguesas que se había percatado del despilfarro en flores también se habían involucrado en la compra para vendérselos a sus mismos amos o a los vecinos, con la idea de la competencia entre los mismos, se arruinaron, muchos arrastraron a sus amos al haberles avalado. Los campos no se cultivaron, la mano de obra no se pagó, los comerciantes y navieros perdieron sus portes. Todo entonces se contagió del derrumbe y se produjo un verdadero desastre. Los de arriba porque no les devolvieron los créditos, los de abajo porque acabaron en la cárcel. Una debacle.

—Apalancamiento —dijo Alejo— o lo que es lo mismo, no poder hacer frente a la liquidez, al pago de lo exigido, de manera generalizada. ¿Se puede prever?

—Claro, para ello he procurado emprender contigo esta lección para que con tu memoria puedas ir haciendo comparaciones de unos periodos a otros y te anticipes en el desarrollo de un fuerte impacto comercial alcista. Por ejemplo, bulbos, casas, créditos, deudas a largo plazo, sociedad, avaricia... Hay muchas cosas, no todas las podrás prever, pero ocupando una posición comercial como irás llevando, la presentirás y podrás advertir a tu gente. Es lo único que importa. Tus correligionarios son muy enemigos del comercio. Cristo expulsó a los comerciantes del templo. Al amparo de la hipocresía, hoy peco, mañana me confieso y solucionado. No contemplan el valor de la codicia en sí. Suponen que, por cuestionarla, esta se erradicará. Y en su caso se limitan a prohibirlo todo y solucionado. Lo único que importa es el camino hacia Dios. ¿De

quién?, ¿de quién no existe o no le dejan existir? No contemplan la importancia divina del individuo. Entre los cristianos, suele ser un pecado muy usual la envidia: uno no puede ser menos que su vecino y se copian unos a otros, no por las normas impuestas por Dios, sino por las normas impuestas por el hombre, se «uniformizan» y caen en la trampa del negocio baldío, del que, cómo no, nos beneficiamos nosotros, los judíos, para que luego ser acusados de avaros y vuelta a empezar.

—Entonces, para los negocios, lo mejor es ser agnóstico, ateo —dijo Alejo.

—No —contestó rápidamente Abraham—. Eso es lo que muchos creen y entonces se convierten en sociópatas. Una palabra: sociópata, que he empezado a ver entre los publicistas de novelas de policía, que consideran la ciencia como marco para encontrar a los malos, en las calles, para arrestarlos. Y la veo en el ascenso social, por el ascenso, en el trepa insaciable, que no tiene valores, la avaricia se instala en su mente y su vida es pura perversión, como en las novelas de Dickens.

—¡Ah! Y entonces, ¿cuál es la mejor creencia?

—Realmente, no lo sé. Como buen judío, te diría que la nuestra. Bajo la premisa de nuestras creencias, el comercio y las finanzas han ido, muy a menudo, muy bien; especialmente para nosotros, no voy a decir otra cosa. Pero para todos también. No todos podemos ser judíos sin ser israelitas y eso... Llevamos milenios creyéndonoslo, milenios procurando que así sea. Incluso las mentiras más arriesgadas son producto de nuestro negocio. Y ello suele ser posible por el gran ritualismo de nuestra religión; la cristiana es menos ritualista que la nuestra, pero más la islámica, y esta, siendo hermana del ritual, tanto como otras, la budista, los lamas..., no alcanza a comprender la verdadera naturaleza del comercio y de la comunicación entre los hombres a través del compromiso, que es lo que entraña el contrato, la comunicación, el comercio. Suelen fracasar socialmente al convertirlo todo en absoluto, a medida de su propia fe. Fue así como cayó el papado en los siglos anteriores,

cuando la ciencia demostró que las «verdades absolutas» no son tan verdades, todo se vino abajo como en un castillo de naipes, como en un apalancamiento social. Incluso los judíos tuvimos que aceptar que el relato bíblico, al que nos atenemos al cien por cien, como verdad revelada, no es más que un invento de un rey que quiso sumar su palmarés al de un supuesto antepasado común que era Moisés, quien por... no llegaría a ver Caná. Josías fue el verdadero artífice del libro del Levítico. Un sociópata. Y no importa, seguirá siendo nuestro credo, al cien por cien. Pero la arqueología va revelando, la ciencia arqueológica revela que Caná fue ocupada por judíos y cananeos y que entre ambos pueblos formaron el origen de Israel, por mucho que entre nuestras enseñanzas sean los cananeos nuestros más profundos enemigos, como más tarde lo fueron los filisteos, o los asirios, o los romanos. Nosotros mismos no somos lo más importante para nosotros mismos, como se nos ordenó. Y ahí está tu compromiso con el individuo.

—A lo mejor existen religiones antiguas para hacer que cambie el destino.

—Lo dudo. De las primitivas, ninguna se ha mostrado como relevante para llegar a nada. Algunas creencias incluso me han asombrado, las he leído en libros en inglés, estadounidenses: las creencias de siux, navajos, cheyenes, guerreros de las praderas, de las que podríamos aprender el profundo amor por la naturaleza y el más puro estado del hombre, recolector y cazador, sus creencias son milenarias, más que las nuestras, más bellas que muchas de las que pudiéramos hablar. En cambio, nuestras creencias son muy salvajes, la Biblia es muy violenta, nos guste o no. Pero ellos viven en reservas, han perdido. Nosotros fuimos expulsados de «nuestras tierras», perdimos. Y es posible que la única fe inteligente para el futuro sea la protestante, pero en el fondo no se cree en ella y no termina de perfilar su esfuerzo en liberarse del papismo. Y con los ortodoxos no se puede contar, no creen realmente en la libertad. El Imperio ruso lo demuestra. Puede que en el futuro surjan creencias que fundamenten el compromiso y los valores del hom-

bre, que les den reglas y formas de comportarse asumiendo una creencia en sus propios congéneres, imprescindible para sobrevivir como especie, la que para bien o para mal domina el mundo y que puede esquilmarlo si no se ponen límites. A lo mejor la fe en la pervivencia del futuro, la profesión de científico, se convierte en ese fundamento. Creo que quien pronostique la salvaguarda de la naturaleza, como nos enseñan los indios de las praderas, se podrá consolidar como verdadero profeta del mañana si finalmente respeta a sus congéneres, hace profesión de creer en ellos y se une a las fuerzas liberales, demócratas.

—Me tengo que ir, señor Cohen —dijo Alejo—, en casa me esperan, ya sabe lo recta que para eso es mi madre, debo acudir a la tienda.

—Lo entiendo, Alejo, nos seguiremos viendo en las clases, aunque no creo que en adelante podamos tener una conversación como esta. No me dejaría mi hijo Simón.

—Gracias, señor Cohen. —Y Alejo empezó a tomar dirección hacia casa. Cohen quería seguir por la vera del mar un poco más. Estaban algo alejados de la ciudad, que se divisaba al fondo.

En un instante ocurrió todo.

Un camión surgió de improviso, desde un camino oculto por un muro natural del campo. De él bajaron unos hombres, algunos armados. Se abalanzaron sobre Alejo; Abraham en la distancia no entendía qué ocurría, no oía lo que le decían. Seguramente le pedían dinero, o lo que llevara. Alejo levantó las manos hasta la altura de los hombros, haciendo un gesto de no tener nada. Desde atrás, uno de ellos, con un fusil, acometió sobre Alejo, al que le propinó un enorme golpe, un culatazo que le tiró al suelo, cayó desmallado y con la nuca sangrando, se veía una mancha ocre espesa sobre su cabeza desmadejada, tendida en el suelo. El que conducía, y que parecía que dirigía a todos ellos, divisó a Abraham, que se acercaba corriendo para auxiliar a Alejo. Un disparo de un fusilero, por orden del conductor, abatió al rabino. Tres de aquellos se acercaron al cuerpo tendido de aquel hombre, al que le registraron los bol-

sillos, de los que sacaron algún dinero, escaso, un relicario y unas cadenas de oro que, colgando del cuello, portaban retratos de sus familiares y que poseían el atributo ritual del rabino, su higa. Todos volvieron rápido al camión. Tan rápido como llegaron, salió el camión por donde había venido.

Durante largo rato no ocurrió nada, no venía nadie, nadie había visto nada. Al tiempo, Alejo, con un fortísimo dolor de cabeza, consiguió levantarse, apenas podía andar e intentaba darse cuenta de lo que había ocurrido. Miró a su alrededor buscando al rabino y lo vio a unos metros, tendido en el suelo. Con una mano sujetando su cabeza, que aún le sangraba, acudió en su ayuda, pero ya hacía rato que estaba muerto. Salió lo más rápido que pudo en busca de ayuda. Abraham siguió allí, al sol, el de un hermoso poniente frente al mar, azul, inmenso, lejano y próximo. En un atardecer sublime, Abraham se había ido, ya no volvería.

Alejo acudió a casa de Simón y a la primera que encontró fue a Rebeca Cohen, la hermana del rabino. Simón apareció detrás.

—¡Ayuda! Nos asaltaron, el rabino está cerca de la playa tendido en el suelo, no responde, creo que lo han matado. Unos hombres salieron de un camión, nos sorprendieron. Nos quisieron robar, al no encontrar nada, nos asaltaron. Creo que el rabino está muerto. ¡Creo que el rabino está muerto!

La herida de Alejo seguía sangrando. Simón cuidó de Alejo y pidió a Sagrario, la mandadera, que fuera a la casa de Alejo para que viniera su madre.

Todos los hombres de la comunidad judía, todos los que había cerca, salieron corriendo hacia la playa. Allí estaba el cuerpo abandonado del rabino. Ya era casi de noche cuando un hombre, que era el físico de la comunidad, certificó que Abraham estaba muerto. Lo cubrieron con un sudario, una manta que sacaron de un automóvil negro, enorme, con ella cubrieron el cadáver y lo metieron en el asiento trasero. Con él se sentó, llorando, gimiendo, gritando, Esther Cohen, la mujer del rabino que había bajado con todos ellos.

La guerra había comenzado. Zanjón se había olvidado. Los judíos no pensaban que las andanadas enviadas por los estadounidenses les fueran a alcanzar. No fue el único judío en perecer aquel día. En La Habana, en Matanzas, se dieron también similares infortunios, muy chuscos y sin sentido. La comunidad judía de Cienfuegos tendría que repatriar el cadáver de Abraham que la familia enterraría en Nueva York. Muchos de los allí afincados volverían a los EE. UU. Sabían que la organización esperada después de aquella paz tan en los límites de ambos bandos había sido boicoteada por los suyos, por los líderes de los antiguos rebeldes, por el Gobierno de los EE. UU. El final de una época se avecinaba y los lugareños lo empezaban a vislumbrar. La familia de Alejo fue reclutada; sus hermanos mayores, con estudios, fueron llamados a filas como oficiales. El tercero tuvo que ir a la Marina. Alejo debía encargarse de la tienda. La guerra de la liberación de Cuba había llegado.

A la mañana siguiente, fueron detenidos, en diversas ciudades, grupos de asaltantes que patrullaban las ciudades en busca de contiendas. Los cabecillas quedaron ajusticiados sumariamente. Al cuarto día, al alba, fueron fusilados. Después de aquello, todo se volvió irreconciliable. Los españoles, de la mano del general Martínez Campos, reprendieron y censuraron las actitudes más xenóforas, en manos de industriales y empresarios catalanes, que habían servido para resucitar viejas rencillas y dar pie a los americanos a tomar parte en algo que les concernía, y que se iba a volver suyo. Muchos miraron a la Metrópoli viendo que aquello se esfumaba, como el paisaje lo hace ante la niebla. Pronto Cuba iría a ser otra cosa. Y si los judíos estaban en lo cierto, más tarde o más temprano, las ideas liberales se esfumarían y los grupos más siniestros de poder llegarían al mando de la Isla. Los buenos tiempos, para todos, para unos y otros, habían acabado.